

letos, y huesos fosiles de animales que la ignorancia ó el error atribuyeron al paladín Rolando ó Reinaldo, ó á algunos otros valentones tan célebres, han testificado á los ojos del vulgo la verdad de nuestras antiguas crónicas.

Sin remontarnos tanto sabemos que la naturaleza, que disminuye á ciertos seres, parece por una ley compensada de la materia, distribuirla en algunos otros para producir todos los días á nuestra vista individuos de alta estatura; pero prudente y sábia aun en medio de sus estravios, no se ve jamás que traspase ciertos límites, y el maximun de su poder, para crear lo que llamamos un gigante, parece contenerse entre seis y siete pies.

Tal es la talla á lo menos que sabemos es la de algunos hombres que se ofrecen á la curiosidad pública, y entonces es cuando una justa reflexion sobre nosotros mismos nos hace mirar como desmesuradas unas proporciones que no guardan relacion con las nuestras. Así es que adquirieron celebridad los soldados de la guardia de Federico, rey de Prusia, notables por su elevada estatura.

En tiempo del emperador Claudio, dice Plinio que existió el gigante Gabbare que tenía nueve pies y nueve pulgadas de alto. Martín Debrío vió en Ruan el año de 1579 á un piemontés que tenía mas de nueve pies. Julio Scaligero vió en Milan á un hombre de talla desmesurada. La *Gaceta de Francia* del 21 de setiembre de 1719 anunció que se había hallado cerca de Salisbury un esqueleto humano de nueve pies y cuatro pulgadas. Gaspar Bahuin habla de un suizo que tenía ocho pies de alto; y Vanderlinden, un frison de igual talla. Stoller refiere que un soldado de la guardia de Guillermo I tenía ocho pies y medio. Segun los egemplos que tomamos de Mr. Virey, y con los que podriamos harto inútilmente aumentar esta

lista, el célebre anatómico Diemesbroek cita un hombre de ocho pies y siete pulgadas; y Uffenback ha visto el esqueleto de una muchacha de igual talla.

En fin, todo el mundo vió en Paris por el mes de febrero de 1826 á Luis Baguelin, por mote el moderno Goliath, de edad de veinte y dos años, de siete pies de alto, y perfectamente proporcionado. Se mejante hombre puede darnos la idea mas exacta de los patagones; y no repugna de ningun modo creer que estas tribus no puedan presentar bastante comunmente lo que la naturaleza no produce en Francia sino como un fenómeno raro y curioso.

3. DE LOS ESQUIMALES (1).

Si hemos visto que una raza privilegiada y grande habita la estremidad meridional de la América, hallaremos por oposicion, en la parte boreal, una rama distinta dividida en muchas ramas secundarias, que presentan la misma fisonomía y las mismas costumbres.

Los pueblos que llamamos esquimales, y que viven en las altas latitudes del Norte, están sometidos en el mas alto grado, á la influencia que puede ejercer al clima sobre el hombre, como sobre los demas seres animados. Su fisonomía, sus costumbres, todo prueba que su descendencia proviene de la raza mongola; y sin embargo reducidos en su talla, desmedrados por los frios intensos de las regiones heladas del polo Norte, en cuyos limites están esparcidos, han

(1) Esta noticia fué redactada primitivamente para el cuadro número 36 para el *Atlas ethnografico del globo*, por Mr. Adrien Balbi.

pasado por todas las modificaciones que pueden resultar de la accion prolongada de una temperatura rigurosa, sin ofrecer sin embargo de un modo invariable la pequeña estatura atribuida por largo tiempo, y esclusivamente á los habitantes de las costas del Labrador, y de las tierras situadas cerca del círculo ártico, á los cuales el nombre de esquimales propios ha estado reservado esclusivamente por algunos antropógrafos.

La raza mongola, aun en los países templados, donde nació, es notable por su talla mediana. Por lo tanto sus ramas diseminadas por la Groenlandia como por la Laponia y el Norte del Nuevo Mundo, endureciéndose al frío han podido achicarse, en cuanto al desarrollo del cuerpo, según las localidades, al paso que otras tribus de la misma familia, viviendo en un suelo más fértil y menos áspero, se han mantenido en la talla ordinaria, conservando las facciones físicas de su filiacion.

Una semejanza en los usos y en las artes une de un modo bastante evidente los esquimales á los samoyedos y á los ostiacos, y aun á los habitantes de la península del Kamtschatka y de las islas Aleutianas. Pero se observa en medio de estos pueblos boreales, una tribu que parece evidentemente estraña, cuya talla está mucho más desarrollada, y que se ha entendido por las orillas del estrecho de Behring.

Todas las naciones que pueden llamarse polares, separadas hace mucho tiempo, y sin comunicacion entre sí, no pueden estar aisladas bajo el concepto físico y moral. Ellas componen una gran familia que muchos naturalistas han llamado *raza hyperborea*, y que han caracterizado por las particularidades siguientes. Los hombres de esta raza tienen una talla de unos cuatro pies y seis ú ocho pulgadas. Su cuerpo es rechoncho, sin ser gordo, sus piernas son cortas,

pero bastante derechas y fuertes; tienen la cabeza redonda y de un volumen bastante pronunciado para que parezca poco proporcionada con el conjunto del cuerpo. La cara es notable porque es ancha, corta y aplastada hácia la frente. La nariz es chata, sin ser demasiado ancha, y los juanetes muy levantados. Tienen la boca grande, los cabellos lisos y negros, naturalmente grasientos y ásperos; pero la barba es rala. Fabricio en su *Fauna de la Groenlandia* habia dicho ya: «Se ha observado que los hombres del Norte tenían la tez algo más blanca, cabello más rubio, al paso que se avanza hácia climas más fríos; pero por escepcion, los habitantes de las inmediaciones del círculo polar, como los lapones, los samoyedos, son hombres pequeños, de tez muy morena, con la barba y el pelo muy negro. La naturaleza puso á su inmediacion y por un singular contraste, á los linfáticos fineses, y cerca de los groenlandeses á los rubios irlandeses, más meridionales.» El color de los esquimales es efectivamente de un color amarillo rojizo-sucio.

Las costumbres de los hiperboreos son con corta diferencia idénticas en todos los parages en que se las ha observado con atencion. Viviendo en unos puntos del globo en que parece que la naturaleza espira, sepultados bajo las nieves eternas del polo, su industria puramente instintiva, se ha dedicado á la caza y á la pesca, que son los únicos recursos con que cuentan para vivir: así es que la ejercitan con singular destreza. El rigor del clima durante los largos inviernos los ha obligado á formar abrigos subterráneos y á encerrar viveres en ellos para los tiempos en que no es posible cazar ni pescar. En las largas noches polares que apenas iluminan las auroras boreales, sepultados debajo de los témpanos y de la nieve en cuevas profundamente abiertas bajo de tier-

ra, viven los esquimales con pescado seco, carne de cetáceos y beben con gusto el aceite de ballena, que guardan en vejigas. Cosen con nervios sus vestidos de invierno, que son de pieles de foca, cuyo pelo les sirve de forro: los de verano son de los intestinos de los grandes cetáceos y parecen de telas barnizadas.

Las chozas de verano son redondas y las cubren con pieles de gamo. Todas estas tribus construyen por un mismo modelo sus elegantes piraguas que tienen doce pies de largo y son muy estrechas, con pieles de anfibios sostenidas por una ligera armazon de madera. La construccion de estos piraguas ó *bayards* es característica de estos pueblos, porque estas embarcaciones esbeltas y ligeras, sin balancines, no tienen mas que una abertura en el medio, en la cual se coloca el esquimal; en términos que parece identificado con la navecilla, y sabe levantarse con destreza cuando se vuela, lo cual sucede frecuentemente.

La industria de todos estos pueblos se manifiesta en el trabajo de una piedra gris y porosa, con la cual hacen vasijas y calderas que adornan con varios dibujos, y tambien en el arte de tallar la jade, llamada piedra de Labrador, y de hacer alhajas para su uso. Tambien tienen el gusto mas decidido por los cosméticos.

El esquimal es diestro en la caza de las zorras y gibelinas, cuyas pieles emplean en vestidos, ó bien las cambian con algunos traficantes del Norte. Saben lanzar con osadía el harpon á los cetáceos; y los dardos que emplean hechos de huesos ó piedras agudas estan guarnecidos de vejigas llenas de aire, cuya resistencia sobre el agua apura las fuerzas de la ballena, que sale mas amenudo á respirar á la superficie del mar, y que experimenta mayor dificultad para zambullirse. Entonces le lanzan nuevos harpones hasta

que logran matarla. En seguida la destrozan, parten los pedazos entre muchas familias que aseguran así por mucho tiempo su existencia.

Supersticiosa hasta el extremo, la raza polar con muy pocas escepciones, ha manifestado en todas las tribus idénticas ideas religiosas. Pero una moral muy relajada ha hecho que adopten la poligamia, que prostituyan sin pudor á sus mugeres y á sus hijas; á quienes miran como criaturas de un orden inferior de quienes pueden disponer á su antojo. Los esquimales que han tenido relaciones con los europeos han adquirido de estos una aficion desordenada á los licores fuertes; y los de la tierra del Labrador y de la Groenlandia, á pesar de haber tenido misioneros moravos, no han progresado en la religion cristiana. Algunos esquimales, mas hácia el Mediodia, son pastores: crian manadas de renos que les aseguran una fortuna, se sirven de perros para tirar de los trineos por encima de la nieve, y para caminar hacen uso de patines anchos como raquetas de varias formas.

Es notable la pequeña talla de los esquimales. La naturaleza á la verdad disminuye diariamente á ciertos hombres, y parece que se complace en crear embriones imperfectos ó seres en miniatura: tal era en particular el célebre *Bebé*, el mas bien hecho de cuantos enanos menciona la historia, porque la mayor parte de ellos no son mas que el resultado de la raquitis; pero es difícil creer que la naturaleza se haya propuesto criar pueblos pigmeos, quimos, que reprobaban las leyes de la organizacion humana. En cuanto á la mediana estatura de los esquimales ¿no es muy natural pensar que la accion de un frio muy intenso y permanente basta á la larga para oponerse al desarrollo del organismo, y que esta accion constante debe concentrar cuanto es posible el desarrollo

de los órganos? Esta opinion no repugna en manera alguna á la inteligencia; porque parece que la facultad creadora se estingue hácia los polos, y el número de los seres destinados á vivir allí ha recibido una organizacion apropiada, y disminuye de un modo rápido. ¿No ofrece el reino vegetal el mas notable ejemplo de esta influencia? Las plantas de la zona glacial desmembradas en sus formas, adormecidas por decirlo así nueve décimos del año, no llegan nunca á tener sino dimensiones muy pequeñas; así es, para citar un ejemplo palpable, que el álamo blanco del Norte acaba por tomar las humildes formas de una yerba cerca de los límites del polo.

4. DE LOS PERUANOS.

Durante una corta permanencia en Payta, ciudad pequeña situada en la costa del Perú á cinco grados de latitud, tuvimos proporción de visitar á menudo á los descendientes de los peruanos que habitan un lugarito de lo interior llamado Colan. Aunque amoldados por la dominacion española á unas costumbres absolutamente opuestas á las de sus antepasados, han conservado todavía algunas de sus tradiciones; y su fisonomía por otra parte, aunque modificada por la influencia de las supersticiones que les han inculcado sus dominadores, tiene el sello de un carácter de novedad suficiente, para merecer un instante nuestra atencion.

Está situado Colan en medio de una llanura arenisca, desnuda y desierta, á corta distancia del rio Chira, no lejos de Gambayeque. Estos dos lugares estan enteramente poblados de aborígenes á quienes los españoles han dejado la prerrogativa de tener caciques

de su eleccion para que los gobiernen. Estos habitantes no están obligados á contribuir nunca para el servicio militar ni para el de los criollos, y por lo tanto se han multiplicado en paz, y tienen el mayor cuidado en no tener relaciones con los descendientes de los europeos que los desprecian y los molestan. Tuvimos frecuentes relaciones amistosas con el respetable *Mat-chare*, que era cacique en 1822. Este peruano nos recibió en su cabaña con aquella antigua hospitalidad, extraordinaria benevolencia é inalterable dulzura que los autores antiguos conceden á los habitantes del Perú y de Méjico; así es que nos apresuramos á colmarle de regalos que escitaron su gratitud, y aunque extraño á los grandes debates de Europa, ignorando hasta el nombre de Francia, no vacilamos en asegurar que conserva un grato recuerdo de nuestras visitas y de nuestra nacion.

La fisonomía de todos los peruanos que vimos parecia calcada sobre un tipo único. Esta semejanza general es sorprendente. Nos pareció que la mayor parte de ellos eran de mediana estatura, y que no pasaban de cinco pies y dos ó tres pulgadas. Sus miembros son débiles, redondos y de musculatura poco pronunciada; el color tira á cobre-rojo un poco claro. La cara es ovalada, la nariz saliente, y por lo comun un poco chata, con las ventanillas abiertas y dilatadas: tienen los labios gruesos y la boca muy hendida. Mirando el conjunto de sus facciones, parecen bastante regulares, y que anuncian un carácter bondadoso.

Los peruanos tienen el cabello muy negro y espeso, y le llevan en trenzas sueltas. Sus mugeres son generalmente feas, porque su pequeña estatura, su cara ancha, sus facciones pronunciadas y varoniles, no contribuyen á darles gracejo. Apenas entre muchas vimos dos ó tres pasaderas segun nuestras

ideas convencionales acerca de la belleza; y esto que eran jóvenes en la edad de la pubertad, cuando la vida está en flor.

Los habitantes de Colan, situados no lejos de un puertecito de mar, se proporcionan cambiando los productos de su suelo, los vestidos europeos que usan los días festivos: y aunque viven en un clima caloroso, buscan los más ricos peruanos el paño más grueso para vestirse. Se cubren la cabeza con un ancho sombrero de paja, y llevan los pies descalzos. El traje de las mugeres es más sencillo, pues que no han perdido el uso de su antigua vestimenta, que solo se compone de una gran camisola negra, con mangas muy anchas, en la que el cuerpo está en completa libertad. La tela que sirve para esta clase de vestido, se tégé en el mismo país con una especie de algodón, y le dan un tinte negro muy firme, con las vainillas de una sensitiva, que llaman *chiaran*, que se cria en las montañas inmediatas. Esta túnica cae sobre la piel, porque el lienzo es desconocido. Las mugeres tan solo se cubren la cabeza con un pedazo de tela entre las que imitan los usos de las criollas, pero por lo común se dejan suelto el cabello formando trenzas. No usan medias ni calzado alguno, y á la verdad que si las personas de cierta edad no usan más lujo que el referido, no hay razón para que sus hijos sean más delicados: así es que van desnudos aun hasta una época adelantada, y aun vimos muchachas de doce años, época de la vida en que empiezan á ser núbiles en los países cálidos, que estaban completamente desnudas á la puerta de la cabaña de su padre, y estando en la inocencia de las costumbres primitivas, no afectaban idea alguna de indecencia á su estado de desnudez.

Los peruanos de Colan saben por lo común leer y escribir el español. Algunos eclesiásticos que están

al frente de escuelas bien servidas, les dispensan el beneficio de la instrucción; pero á esto se reduce casi todo lo que saben y lo que aprenden, porque lecciones de moral no podrían tomarlas para arreglar su conducta.

Los habitantes son labradores ó pescadores: los primeros cultivan sus propiedades á orillas del río *Chisac*, y los otros y sus familias viven de la pesca que sacan del mar. Para navegar emplean balsas que hacen con pieles ó troncos de árboles reunidos y ligados entre sí, en términos de formar una especie de fangada.

Toda la industria de los peruanos de Colan se reduce á hilar algodón y tejer la tela de que se visten las mugeres. Sus necesidades son muy limitadas, y por lo tanto los muebles groseros de sus cabañas construidas de tierra y bambúes, se reducen á vasijas que hacen de las calabazas, á algunas hamacas pequeñas que sirven de cuna á los recién nacidos, porque una simple estera en el suelo es la cama de los padres.

No sirven pan en las comidas, porque no conocen su uso: en su lugar ponen maíz desgranado, tostado y quebrantado, ó bien yuca y patatas dulces (*convolvulas batatas*). Además comen carne de puerco salada ó seca al sol, y no emplean otro modo de condimento que el cocido ó asado en las brasas. La bebida más común es el agua pura; pero al fin de la comida, suelen agregar la *chicha*, que es una bebida que sacan de la fermentación del maíz, que embriaga, y que sus antepasados bebían con placer. Esta *chicha* tiene un gusto fuerte, pero agrillo, y su consistencia y color se parece mucho al café con leche. Estos pueblos usan mucho los condimentos enérgicos, y en particular una especie de pimienta de color rosado, acre, y que parece que quema.

Las costumbres de los habitantes de Colan son muy pacíficas; pero se resienten de la falta de cultivo de las facultades morales, y presentan con harta frecuencia entre las mugeres la facilidad y abandono que reprueban nuestras costumbres. Verdad es que los viajeros emplean comunmente y sin escrúpulo poderosos medios de tentacion, y que sus regalos estimados con frecuencia en mas de lo que valen, son para estas gentes sencillas, objeto de deseos que no pueden sujetar. Asi es que los peruanos de Colan nos parecieron unos pediguéños insaciables y que todo lo codiciaban, pero tambien se debe decir que no insistian y que no se ponian de mal humor cuando se les negaba algo.

Reina la mayor supersticion entre aquellos habitantes, y asi es como ellos comprenden el culto católico. Hombres y mugeres llevan colgados al cuello amuletos de todas clases, aunque por lo comun son papeles que contienen alguna oracion, que llevan en una bolsita ó brevetin de cuero. Estos papeles tienen á sus ojos propiedades sobrenaturales, y les atribuyen la curacion de todas sus enfermedades.

El respeto filial es una virtud muy arraigada entre aquellos habitantes. Hemos oido al anciano Matcharé, en medio de su familia, que lo miraba como el patriarca digno de todo su respecto, que nos decia: «Yo he cuidado de ellos en su juventud; ellos en recompensa deben cuidarme en mi vejez.» En efecto, nada se hacia en la cabaña sin su permiso: le consultaban con la mas delicada atencion, y jamás un hijo, aunque fuese hombre y padre de familia, sesentaria á la mesa con su padre, particularmente si habia estraños, sin su consentimiento. En cuanto á las mugeres son miradas como criaturas de segundo orden, y sus principales obligaciones consisten en preparar la comida y servirla, pero sin tocarla hasta

despues que los hombres han concluido. La conversacion del viejo cacique Matcharé era grave y lenta, y sin que la sonrisa se asomase jamás á sus labios. Su semblante era sério y austero, y este género de fisonomía es en general el que vimos entre todos los peruanos de Colan. Respetan la vejez porque la miran como poseedora de un rico caudal de esperiencia, y desprendida de la influencia de las pasiones violentas, asi es que por lo comun nada hacen sin tomar sus consejos.

5. DE LOS POMOTUS.

Los pomotus pertenecen á la raza oceánica, y viven en aquellas islas bajas y llanas, conocidas por los geógrafos y navegantes europeos con el nombre de *Archipiélago Peligroso del Mar Malo*, y que son llamadas en la lengua de aquellos pueblos Po-Motus (1). Estas islas se levantan sobre la cima de las montañas submarinas, y enteramente formadas de una materia calcárea que alli depositan los pólipos saxigenos; su superficie apenas se eleva á pocas toesas sobre el nivel del mar. Rodeadas de arrecifes, cubierta de un escaso número de vegetales alimenticios, privadas de agua dulce y amenazadas sin cesar de verse tragadas por el mar en las grandes perturbaciones de la atmósfera, no ofrecen estas islas á la especie humana que las habita, mas que escasos recursos, y una existencia precaria. Estas tierras, resultado del detritus de los corales, serian de un todo inhabitables si los bosques de cocoteros cuyas nueces han

(1) Po, colectivo, las ó grupos de las, y motus, islas bajas formadas por los arrecifes.

sido arrastradas por las corrientes, y han tomado posesion del suelo á medida que se iba elevando sobre la superficie del Océano, no hubiesen acudido á suministrar á los hombres náufragos ó emigrados de su pais, su principal recurso para vivir en ellas. En efecto, todas las islas bajas del mar del Sur, cualquiera que sea su limitada estension, empiezan á tener habitantes tan luego como los cocoteros empiezan á dar producto. En esta posicion del globo está intimamente unida la existencia del hombre con la de esta palmera. Se concibe que algunas necesidades que se repiten sin cesar, una industria constantemente dedicada á aumentar los medios de multiplicar los recursos alimenticios, una falta de comunicacion con los buques europeos que surcan aquellos mares, han debido tener una grande influencia en el carácter moral de aquellos pueblos: asi es que los naturales son sombríos, desconfiados, y presentan una grande aspereza de costumbres.

Cuando atravesamos el archipiélago de los Pomotus, un gran número de aquellos naturales se acercó á cierta distancia de nuestro buque sin querer acercarse, á pesar de que empleamos cuantos medios nos parecieron convenientes para inspirarles confianza. Los habitantes de la isla de Clermont-Tonnerre que descubrimos el 22 de mayo de 1823, se servian de piraguas con balancines. Nos dirigieron un largo discurso con una voz fuerte y áspera, que nos pareció un raudal de vocales aglomeradas. Inútilmente les contestamos *tayo*, que quiere decir amigo en lengua oceánica, y *enowoa*, que significa venid aqui: ellos se limitaron á repetirlos y á reirse haciendo gestos. Las telas rojas que les enseñamos les dieron fuertes tentaciones, pero el miedo pudo mas, y no se atrevieron á acercarse. Estos isleños estaban desnudos, excepto un reducido *maro* de tela que medio tapaba las par-

tes naturales. Su color era de un amarillo mezclado con negro bastante claro, y parecia brillante por la untura de aceite de coco que se habian dado: sus formas corporales no se diferencian de las de los otaitianos; su modo de nadar, sus piraguas y el arte de construirlas son exactamente iguales.

El 24 del mismo mes seguimos la costa de otra isla baja, dividida en forma de fajas estrechas, que tenian un lagon en el centro, á la cual el gefe de la expedicion bautizó con el nombre de *isla de Augier*: esta isla estaba cubierta de cocoteros, por lo que tenia mucha gente, y los grupos que veíamos moverse en la costa, estaban armados de largas javelinas. Echaron muchas piraguas á la mar, y se acercaron mucho á nuestro buque, pero ninguna se arrimó. La talla de aquellos hombres era generalmente alta, tenian collares de conchas al cuello, y al rededor de la cabeza tenian un pedazo de tela blanca hecha sin duda con la morera de papel. Los que estaban en las piraguas se levantaron á un tiempo cuando se nos acercaron, y se mantuvieron de pie lanzando grandes gritos y haciendo mil ademanes. Entre otros observamos uno que se puso en la proa de la piragua sin dejar de menear el brazo, poniéndoselo de un mismo modo en la cabeza: ¿era acaso una señal de amistad, ó bien una declaracion de guerra? La gran desconfianza que mostraron no habla de un modo favorable acerca de su carácter.

Pero, si no pudimos lograr datos positivos sobre los pomotus en su pais natal, los que obtuvimos en Taiti nos permitieron reunir algunas notas mas interesantes sobre ellos. Estos naturales están constituidos como los taitianos, á quienes se parecen del todo; pero si tienen sus formas corporales unidas á mayor vigor, no tienen la misma benevolencia ni modales afectuosos; su aspecto es tosco, montaraz el juego de

su fisonomía; el conjunto de sus facciones tiene el sello de una especie de ferocidad; y lo que mas contribuyó á darles el tal aspecto chocante, era el dibujo que no tan solamente les cubria el cuerpo, sino tambien la cara. Las figuras de estos dibujos son unos rombos grabados en la piel de la frente, y muchos círculos en las mejillas. Su desnudez desaparece en cierta manera bajo la masa de dibujos que cubren el cuerpo; y bajo este concepto advertimos una grande analogía entre ellos, los nuevos-zelandeses y los habitantes de las Marquesas, entre tanto que los taitianos, sus vecinos, con quienes tienen frecuente trato, no se pintan hace ya mucho tiempo mas que algunos pocos y ligeros dibujos.

Los pomotus que habitan en islas que escasean de producciones nutritivas, y cuya existencia es precaria, miran como á un enemigo á todo estrangero que se aproxima; y su primer movimiento se dirige á rechazar á cuantos navegantes se acercan á comunicar con ellos. Al contrario, los taitianos, cuya vida muelle é indolente se pasa sin temor de privaciones, jamás han sido nombrados en el archipiélago de la Sociedad por su genio belicoso, al paso que los pomotus, movidos por un instinto destructor, son eminentemente guerreros. Obligados por otra parte á sacar del mar su subsistencia, son marinos atrevidos y pescadores diestros: efectivamente, el pescado es uno de sus principales recursos. En las islas bajas de estos archipiélagos, cortados en estrechas fajas de corales, no se cria el árbol del pan ni de *spondias*, únicamente un poco de taro (*arum esculentum*) y *fara*.

Las piraguas de mar de los pomotus son grandes y sólidamente construidas para las navegaciones distantes; y en Papaoa vimos muchas, que á pesar de la distancia de las islas bajas de Otaiti, acababan de llegar despues de muchos dias de travesía. Estas pira-

guas que tienen las dimensiones de las chalupas de nuestros pescadores, acaban en punta por sus dos extremos, y fuertemente unidas entre sí á dos pies de distancia por medio de unos maderos que sostienen una plataforma sólida: el casco tiene puente, y los bordages están sólidamente acunados. Sobre la piragua de la izquierda está colocada en toda su longitud un toldo formado de ramas flexibles que imitan el tegido de los canastos, cuya superficie es convexa hácia afuera y vertical por la parte de adentro, en que está la abertura por donde entra á dormir la tripulacion y se conservan los víveres. Es muy notable el timon de estas dobles piraguas por la sencillez de su mecanismo; es un pedazo largo de madera que se va ensanchando hácia la estremidad en figura de cola de pescado, y que gira facilmente sobre una maimoneta. El mástil, que es un bambú, está asegurado con cuerdas hechas de corteza del *hibiscus*, sirviendo de vela una estera cuadrilátera; y lo que hay de singular es, que la amura no se diferencia de la de nuestras embarcaciones: la escota está amarrada á una clavija de madera á uno de los dos costados.

Los pomotus hacen sus armas con una madera muy dura, que es rara en sus islas: son unas javelinas que algunas veces llegan á quince pies, y van ensanchándose hácia el extremo como un hierro de alabarda; tienen algunos adornos de escultura trabajados con mucho gusto. Lo mismo sucede con sus azagayas que tienen adornos muy graciosos, así como sus hachas de corales y algunos otros útiles. Las mugeres llevan al cuello pedazos de nácar que forman feston por las orillas y sobrecargados, que forman un collar de muy buen efecto. El gusto de aquellos naturales por el *ava-ava*, que es una bebida acre y picante que componen con una planta propia de todas las islas del mar del Sur, es muy pronunciado: así es

que, contra lo que acostumbran los mas de los oceánicos, buscan con furor nuestros licores espirituosos. Asi es como recibimos durante nuestra mansion en Otaiti las iripulaciones de dos piraguas pomotus que llegaron en la misma tarde: algunos vasos de un aguardiente muy fuerte de Chile recibieron á aquellos huéspedes y disiparon las sombrías nubes que ofuscaban sus semblantes. Aquellos naturales nos pidieron permiso para bailar, lo que hicieron del modo siguiente. Ocho pomotus se colocaron formando una sola fila, y se sentaron sobre la cubierta: todos de comun acuerdo daban palmadas sobre los muslos y las piernas con las manos en hucco, lo cual producía una especie de ruido armónico, cuyo compás lento se apresuró á poco. Durante este tiempo cantaban los isleños con un compás lento y monotonó, y modificaban la voz natural para darle una inflexion ronca y estomacal. A medida que se aligeró el compás se levantó con presteza uno de los ocho pomotus que estaban sentados y bailó solo: toda su pantomima se componía de movimientos muy rápidos en estremo de las piernas y los brazos. Cuando se hallaba cansado el primer bailarín, salió otro y despues otro, y entonces el baile fué en estremo indecente. Estos bailes son siempre característicos; y los que imitan los combates representan todas las costumbres de aquellos pueblos en su modo de hacer la guerra, y son en cierta manera un mimodrama destinado á presentar á la vista de la tribu las hazañas de sus guerreros: los pomotus gustan con pasion de estos ejercicios que ejecutan con tanto calor y entusiasmo, sus almas están tan identificadas con este género de placer, que al muy poco tiempo se les ve jadear de cansancio y cubiertos de sudor. La lengua de estos isleños, lo mismo que la de todos los habitantes de las islas de la Sociedad, abunda en vocales, y les permite improvisar sobre cualquier asunto

quehiere su imaginacion tan móvil. Sus versos están al parecer sujetos á una especie de cadencia; ello es que se componen de un número uniforme de metros. Cuando están entre estrangeros, sus versos contienen por lo comun algunos cumplimientos con el fin de que les hagan regalos: así es que muchas de las canciones que improvisaron la tarde que llegaron á bordo giraban sobre lo secas que tenían las gargantas, y que esperaban que en la piragua francesa les darian ava-ava (aguardiente) para humedecerlas. Otras veces se burlaban de los taitianos sometidos á la dominacion de los misioneros anglicanos.

Los pomotus deben ser una colonia reciente del archipiélago de la Sociedad; todo manifiesta en ellos el tronco de que proceden.

6. DE LOS OTAITIANOS.

Los naturales de la isla de Otaiti, tan célebres en Francia por las relaciones llenas de encanto y sencillez que ha publicado Bougainville sobre sus usos y costumbres van á ser ahora el objeto de nuestro estudio. No siempre estará conforme nuestra opinion con la que generalmente está recibida; pero convendrá tener presente que esta noticia histórica ha sido trazada en aquellos mismos parages, y que por lo tanto no podemos alterar nada nuestro primer sentimiento.

Los otaitianos son el tipo de nuestra rama oceánica, á pesar de que se ha pensado que el pueblo y los gefes no pertenecen á la misma raza: pero la distincion de *tiaus* ó *tiraras* (los gefes) con los (*tutus*), pueblo bajo, no se apoya mas que en indicaciones vagas y superficiales; porque si la mayor parte de los *tiaus* se diferencia de los otros isleños por su mas alta